

## EL AMBIENTALISMO NEOLIBERAL

H. C. F. Mansilla

**En** 2002 tuvo lugar en Johannesburgo la segunda versión de la Cumbre de la Tierra, una gigantesca asamblea organizada por las Naciones Unidas para examinar problemas de medio ambiente a nivel mundial y en conexión con los problemas actuales de desarrollo. La primera Cumbre de la Tierra tuvo lugar en Río de Janeiro en 1992: allí la teoría del desarrollo sostenible recibió la bendición oficial de las grandes instituciones internacionales y de los gobiernos latinoamericanos. Esta cumbre generó ilusiones sobre la posibilidad de combinar un desarrollo acelerado con una protección eficaz del medio ambiente y, además, propició una frondosa burocracia consagrada presuntamente a aplicar estos principios en la práctica. En la realidad se puede constatar que la destrucción de los bosques tropicales nunca fue mayor que en la última década, y que la contaminación ambiental en las ciudades del Tercer Mundo alcanza ahora sus peores niveles.

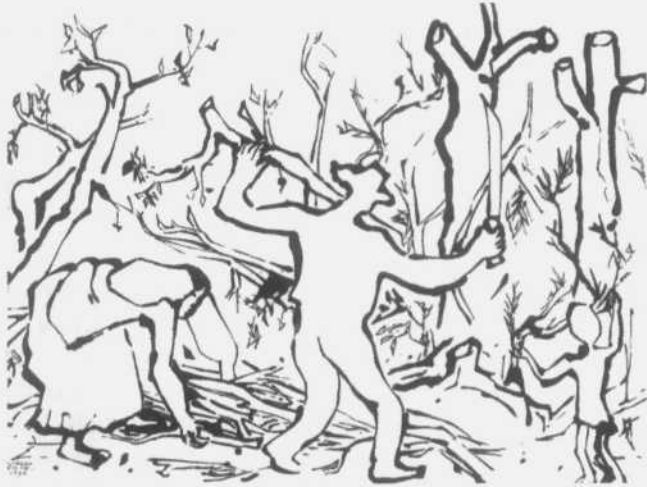
La Cumbre de Río de Janeiro fomentó un ambientalismo neoliberal, lo cual no fue poca cosa, ya que empresarios y tendencias afines a la empresa privada habían desdeñado hasta entonces toda preocupación seria por el medio ambiente. Pero algunos temas fueron dejados deliberadamente de lado: el crecimiento demográfico de orden exponencial en el Tercer Mundo, la imposibilidad de explotar hasta el infinito los ecosistemas vulnerables y los aspectos negativos de todo proyecto de modernización acelerada. La imagen de un presunto despoblamiento de América Latina había surgido en las bibliotecas y aulas universitarias, cuando intelectuales que habían leído asiduamente los clásicos hicieron comparaciones mecanicistas entre la densidad demográfica de Bolivia e Israel o entre la de la Patagonia y Dinamarca. En lugar de manipular datos abstractos, esos señores deberían haber

realizado largos viajes a pie por los páramos del Nuevo Mundo: así se hubiesen percatado de que este continente posee desiertos, selvas, montañas, estepas y terrenos sumamente accidentados, donde la agricultura es imposible o muy costosa y con rendimientos bajísimos, y donde los asentamientos humanos serían precarios y con un nivel de vida bastante modesto. A este “saber” de los ideólogos y propagandistas se contraponen el de los expertos: ellos conocen las dificultades y los riesgos de la “apertura” y “explotación” de las tierras tropicales. Estas tienen una capa muy delgada de humus vegetal, proclive a ser erosionada a los pocos años de quitado el manto protector de los grandes árboles; en un lapso breve de tiempo las cosechas se vuelven pobres y los suelos se transforman irreversiblemente en un arenal.

Es interesante mencionar que, desde hace ya varios años, el Banco Mundial considera seriamente los llamados componentes ecológicos en todo proyecto más o menos grande de desarrollo y se pronuncia por la preservación selectiva de los bosques tropicales. Existe un importante ambientalismo neoliberal, que parece ganar adeptos cada día, precisamente entre los empresarios que se consagran a la explotación directa de los recursos naturales. La base de este nuevo enfoque es la preservación y el uso de estos recursos para mantener y expandir los actuales procesos productivos, sin poner en peligro el fundamento de estos últimos debido a una sobre-explotación irracional de la naturaleza. Se trata, en el fondo, de una visión muy similar a la teoría del desarrollo sostenible de origen social-democrático, pero centrada en los “derechos de propiedad” que deberían tener los empresarios sobre todos los ecosistemas naturales. Según esta concepción, las áreas silvestres, por ejemplo, deberían ser protegidas en función de su futura utilidad para el mercado, y no tanto por las plantas y animales que ellas albergan. El punto de partida de esta nueva ideología es muy simple: el propietario de un bien natural —por ejemplo, de un bosque— es el más interesado en conservarlo adecuadamente para que en el porvenir siga rindiendo frutos y ganancias y, por lo tanto, el que más trabajará por evitar la destrucción de ese ecosistema. Al ser los grandes ecosistemas de todos, no son de nadie en particular, y, por consiguiente, ningún sector poblacional se siente compelido a preservarlos real y convenientemente. La devastación del medio ambiente se produce, según este enfoque, por las intervenciones del Estado y por las

Alfredo Zalce (México)





Alfredo Zalce (México)

distorsiones que agentes externos al mercado (como los grupos ecologistas y las tribus amazónicas) introducen en el tratamiento de los recursos naturales. La solución estribaría en dejar toda la cuestión ambiental librada a las fuerzas del mercado y en asegurar los derechos privados de propiedad sobre todo bien común. Según los neoliberales, no hay política conservacionista exitosa que se base en argumentos éticos o en la pretendida solidaridad de los mortales para con el mundo natural; el mejor procedimiento para preservar los ecosistemas sería, paradójicamente, acudir y apelar a los intereses egoístas de los propietarios de bosques y praderas.

Hay que refutar esa fatal ideología neoliberal desde la posición del liberalismo clásico. En primer lugar, es inaceptable la estricta separación de ética y política que subyace a esta doctrina; la dicotomía radical entre hechos (supuestamente objetivos) y valores (pretendidamente subjetivos y arbitrarios), que conforma el fundamento del positivismo y neopositivismo, ha sido rechazada e impugnada por la investigación científica hace ya mucho tiempo, y no vale la pena retornar esta conocida temática. Los grandes pensadores liberales, desde Adam Smith hasta Alexis de Tocqueville, jamás renegaron de la moral y del derecho natural. No podemos renunciar a reflexiones y, sobre todo, a planteamientos éticos de relevancia práctica. Para el ambientalismo neoliberal, la vida en general y de los ecosistemas en particular pasa a ser un problema técnico, donde se busca la mejor fórmula o procedimiento para asegurar un precio. La conservación de la naturaleza pasa a ser un problema que puede evaluarse como de costo-beneficio. Los recursos naturales se convierten en objetos de inversión y en posibilidades de formación de capital; el mantenimiento de áreas naturales protegidas es visto como algo factible sólo si esta acción redundará en ganancias y regalías. No se preserva la naturaleza, sino que se invierte en ella. La vida es fragmentada en sus

componentes elementales y dividida entre propietarios para maximizar su potencial económico.

Esta visión olvida que el mercado únicamente puede aprehender necesidades y desenvolvimientos actuales y no la situación en un futuro de largo plazo; los derechos de la naturaleza propiamente dicha y de las generaciones futuras quedan fuera de todo cálculo mercantil, por más sutil que éste sea. El mercado ha demostrado ser un aceptable instrumento para solucionar problemas cuantitativos, pero resulta inoperante ante asuntos de orden cualitativo (que van desde la estética, la ética, la educación y las relaciones íntimas hasta la problemática del futuro y del medio ambiente). Por lo demás, la concepción neoliberal no concibe ciudadanos, sino consumidores. La temática ambiental requiere, empero, de una discusión pública, racional, libre y altamente compleja, que sólo se puede dar exitosamente entre ciudadanos bien informados y no entre consumidores con necesidades y caprichos de corto aliento.

Por lo demás, el ambientalismo neoliberal parte de principios primitivamente simples, como ser la bondad liminar de la modernización y la urbanización aceleradas y la posibilidad de crecimiento y desarrollo ilimitados de las sociedades humanas, posibilidad considerada *a priori* como algo totalmente garantizado y empíricamente comprobado, cuando el debate ecológico de las últimas décadas ha mostrado precisamente las falacias de tales aseveraciones. Bajo la hegemonía del neoliberalismo se consume una tendencia que venía anunciándose desde hace cien años: la autonomización del pensamiento económico por sobre todas las demás disciplinas del saber social. Todos estos enfoques no toman en cuenta la inconmensurabilidad económico-financiera de la naturaleza y representan, por lo tanto, un retroceso en la conformación del pensamiento occidental.

Volviendo a la confrontación de datos científicos contra elementos de ideología colectiva: no es mera casualidad que las tierras altas y montañosas de Bolivia (que ocupan una parte considerable de todo el país) estén bastante despobladas. Cualquier tipo de aprovechamiento agrícola en estas zonas es increíblemente engorroso y poco

**La solución neoliberal estribaría en dejar toda la cuestión ambiental librada a las fuerzas del mercado y en asegurar los derechos privados de propiedad sobre todo bien común**

productivo. Tampoco es casual que las regiones verdaderamente aptas para la agricultura intensiva \_\_como el Valle Central de Chile, una buena parte de El Salvador, la zona de São Paulo, la región bonaerense\_\_ se hallen hoy en día ya superpobladas, precisamente porque debido a sus cualidades son áreas bastante escasas en el contexto latinoamericano. Ante problemas como las intensas migraciones del campo a las ciudades, el hambre y las penurias de amplios estratos sociales, el desempleo masivo y las aglomeraciones monstruosas como México y Lima, es absolutamente irresponsable y hasta inmoral hablar de la “necesidad imperiosa” de poblar aún más los países latinoamericanos. La situación real de las tierras agrícolas puede ser ilustrada con las siguientes cifras: mientras en Venezuela cerca de setenta personas dependen de cada milla cuadrada de terreno cultivable, la proporción en Canadá es de 4,8 y en los Estados Unidos de 6,8 personas para la misma superficie.

La obligación, en un futuro ya muy próximo, de cultivar todas las tierras disponibles bajo un régimen casi industrial, dando poco reposo a los suelos y utilizando generosamente herbicidas, plaguicidas, insecticidas, abonos y nutrientes sintéticos, llevará indudablemente a multiplicar la producción de desechos y residuos difícilmente biodegradables, a empobrecer las tierras arables, al atrofiamiento de su base biológica y a causar a largo plazo desequilibrios ecológicos irreversibles. Algunos de los trastornos más serios se originan en los proyectos de mayor envergadura, refinamiento y esmero, como por ejemplo en las grandes represas hidroeléctricas, como es el caso de Itaipú: las enormes superficies de agua embalsada aniquilan una considerable cantidad de fauna y flora de la región, alterando además el clima de la zona; contra la pared de la presa se sedimentan residuos de toda clase, que acortan la vida útil de la misma; mediante este proceso se impide el paso aguas abajo de nutrientes y abonos naturales de todo tipo; en el caso de la gran represa de Assuan (Egipto), las ventajitas derivadas de la producción de energía eléctrica y la irrigación controlada se neutralizan porque la gigantesca obra detiene los abonos naturales que durante milenios hicieron la riqueza de los suelos agrícolas egipcios, socavando simultáneamente la vida piscícola del Mediterráneo oriental.

Para redondear el argumento: creo que la gravedad de la situación del futuro a mediano y largo plazo, dependiente de la conjunción del crecimiento demográfico con una utilización abusiva de nuestros fundamentos y recursos naturales, no es comprendida en toda su magnitud e intensidad ni por los círculos políticos hoy prevalecientes ni por los intelectuales que podrían influir sobre la opinión pública. Como los síntomas actuales son de un empeoramiento progresivo, pero no dramático de las condiciones ecológicas, existe el peligro de que los

## **Para el ambientalismo neoliberal, la vida en general y de los ecosistemas en particular pasa a ser un problema técnico, donde se busca la mejor fórmula o procedimiento para asegurar un precio**

gobiernos y las grandes instituciones supranacionales implementen medidas serias para salvaguardar el medio ambiente cuando ya sea demasiado tarde. Los factores tiempo, irreversibilidad, acumulación cuantitativa de hechos que repentinamente originan una nueva calidad, representan lamentablemente elementos de juicio que están totalmente fuera del pensamiento pragmático, utilitario y mediocre que predomina en nuestro planeta.

Estos argumentos apuntan a un plano estrictamente racional, mientras que las ansias de crecimiento y progreso materiales tienen que ver fundamentalmente con el nivel preconsciente y emotivo de la mentalidad colectiva. Primero viene la satisfacción de los anhelos urgentes y de los profundos, mucho después la reflexión sobre las consecuencias de nuestros actos. Además, poquísimas personas están (y estarán) dispuestas a poner en cuestión las bondades aparentes de la industrialización, la agricultura intensiva y la modernización, pues estas actividades encarnan los esfuerzos sistemáticos y los éxitos indiscutibles de varias generaciones. Al ser humano normal y corriente no se le pasa por la cabeza que las labores más esmeradas y tecnicizadas de buena parte de la humanidad vayan a ser en el futuro las causantes de estragos irreparables. ☒

---

**H. C. F. Mansilla** (Buenos Aires, 1942). Filósofo boliviano, nacido en Argentina y residente en La Paz. Estudió Ciencias Políticas y Filosofía en la Universidad Libre de Berlín, en donde obtuvo su doctorado y ha sido profesor. Es actualmente profesor visitante de la Universidad de Zúrich y miembro de las Academias de Ciencias y de la Lengua de Bolivia. Entre sus libros, cabe mencionar: *Desarrollo y Progreso como ideologías de modernización tecnocrática, América Latina entre la tradición y el postmodernismo*, y *Los tortuosos caminos de la modernidad. Posibilidades y dilemas de los procesos de democratización en América Latina*.